

Si me muero, dormir quiero
bajo flores compasivas...
Si me muero, si me muero,
dadme muchas siemprevivas.

DE BLANCO

¿Qué cosa más blanca qué cándido lirio?
¿Qué cosa más pura qué místico cirio?
¿Qué cosa más casta que tierno azahar?
¿Qué cosa más virgen que leve neblina?
¿Qué cosa más santa que el ara divina
de gótico altar?

De blancas palomas el aire se puebla;
con túnica blanca, tejida de niebla,
se envuelve á lo lejos feudal torreón;
erguida en el huerto la trémula acacia,
al soplo del viento sacude con gracia
su niveo pompón.

¿No ves en el monte la nieve que albea?
 La torre muy blanca domina la aldea,
 las tiernas ovejas triscando se van;
 de cisnes intactos el lago se llena,
 columpia su copa la enhiesta azucena
 y su ánfora inmensa levanta el volcán.

Entremos al templo: la hostia fulgura,
 de nieve parecen las canas del cura,
 vestido con alba de lino sutil;
 cien niñas hermosas ocupan las bancas,
 y todas vestidas con túnicas blancas
 en ramos ofrecen las flores de Abril.

Subamos al coro: la virgen propicia
 escucha los rezos de casta novicia
 y el Cristo de mármol expira en la cruz;
 sin mancha se yerguen las velas de cera,
 de encaje es la tenue cortina ligera
 que ya transparenta del alba la luz.

Bajemos al campo: tumulto de plumas
 parece el arroyo de blancas espumas
 que quieren, cantando, correr y saltar;
 su airosa mantilla de fresca neblina
 terció la montaña; la vela latina
 de barca ligera se pierde en el mar.

Ya salta del lecho la joven hermosa,
 y el agua refresca sus hombros de diosa,
 sus brazos ebúrneos, su cuello gentil,
 cantando y risueña se ciñe la enagua,
 y trémulas brillan las gotas del agua
 en su árabe peine de blanco marfil.

¡Oh mármol! ¡Oh nieve! ¡Oh inmensa blancura
 que esparces doquiera tu casta hermosura!
 ¡Oh tímida virgen! ¡Oh casta vestal!
 Tú estás en la estatua de eterna belleza;
 de tu hábito blanco nació la pureza,
 ¡al ángel das alas, sudario al mortal!

Tú cubres al niño que llega á la vida;
 coronas las sienas de fiel prometida,
 al paje revistes de rico tisú.
 ¡Qué blancos son, reinas, los mantos de armiño!
 ¡Qué blanca es, ¡oh madres! la cuna del niño!
 ¡Qué blanca, mi amada, qué blanca eres tú!

En sueños ufanos de amores contemplo
 alzarse muy blancas las torres de un templo
 y oculto entre lirios abrirse un hogar:
 el velo de novia se prende á tu frente,
 cual nube de gasa cayó lentamente
 y viene en tus hombros su encaje á posar.

TRAS LOS MONTES

¡Pobre alma! golondrina que no tiene
 más nido que tu amor, dulce bien mío,
 pájaro errante que á buscarte viene,
 empapadas las alas de rocío.

Deja, sí, deja que á tu choza vuelva:
 hierven las aguas del arroyo inquieto
 y extienden las encinas en la selva
 sus inmóviles brazos de esqueleto.

El valle con la noche se ennegrece.
Duermen las flores y las fresas rojas,
y á veces la luciérnaga parece
una lágrima de oro entre las hojas.

Huyen las aves con medroso vuelo,
rozan sus alas la campiña muda,
y negra nube atravesando el cielo
como gigante víbora se anuda.

¡Ah, qué negra es la noche de la vida!
¡Qué largo este camino! Casi muerta
el ave de mi alma, entumecida,
ha caído sin fuerzas en tu puerta.

El bosque obscuro atravesar no quiere,
ya no puede volar á la montaña,
la lluvia moja su plumaje, y muere
sin sentir el calor de la cabaña.

Ábrele, que en sus alas han caído
las hojas, secas ya, de sus amores,
todas las tempestades del olvido,
y la lluvia de todos los dolores.

ONDAS MUERTAS

En la sombra, debajo de tierra,
 donde nunca llegó la mirada,
 se deslizan en curso infinito
 silenciosas corrientes de agua.
 Las primeras, al fin, sorprendidas,
 por el hierro que rocas taladra,
 en inmenso penacho de espumas
 hervorosas y límpidas saltan.
 Mas las otras, en densa tiniebla,
 retorciéndose siempre resbalan,
 sin hallar la salida que buscan,
 á perpetuo correr condenadas,

Á la mar se encaminan los ríos,
 y en su espejo movable de plata,
 van copiando los astros del cielo
 ó los pálidos tintes del alba.
 Ellos tienen cendales de flores,
 en su seno las ninfas se bañan,
 fecundizan los fértiles valles,
 y sus ondas son de agua que canta.

En la fuente de mármoles niveos,
 juguetona y traviesa es el agua,
 como niña que en regio palacio
 sus collares de perlas desgrana:
 ya cual flecha bruñida se eleva,
 ya en abierto abanico se alza,
 de diamante salpica las hojas
 ó se duerme cantando en voz baja.

En el mar soberano las olas
 los peñascos abruptos asaltan:
 al moverse, la tierra conmueven
 y en tumulto los cielos escalan.

Allí es vida y es fuerza invencible,
allí es reina colérica el agua,
como igual con los cielos combate
y con dioses y monstruos batalla.

¡Cuán distinta la negra corriente
á perpetua prisión condenada,
la que vive debajo de tierra
do ni yertos cadáveres bajan!
La que nunca la luz ha sentido,
la que nunca solloza ni canta,
esa muda que nadie conoce,
esa ciega que tienen esclava!

Como ella, de nadie sabidas,
como ella, de sombras cercadas,
sois vosotras también, las oscuras
silenciosas corrientes del alma.
¿Quién jamás conoció vuestro curso?
¡Nadie á veros benévolo baja!
Y muy hondo, muy hondo se extienden

vuestras olas cautivas que callan!
Si camino os abrieran saldríais,
como chorro bullente de agua,
que en columna rabiosa de espuma
sobre pinos y cedros se alza!
Pero nunca jamás, prisioneras,
sentiréis de la luz la mirada:
seguid siempre rodando en la sombra,
silenciosas corrientes del alma.

LA MISA DE LAS FLORES

Boileau se queda en el aula
y Voltaire en la ciudad.
¡Musa, al campo! ¡Abre la jaula!
¡Señores versos, entrad!

Alce la oda en el bosque
su deslumbrante oriflama;
que la sátira se enrosque
y que brinque el epigrama.

Beba el madrigal coqueto
en los lirios vino blanco,
y pensativo el soneto
descanse en rústico banco.

Tenue, frígido remusgo
entre los alcores sopla.
¡Cuántas perlas en el musgo
hay para tu cuello, copla!

Despierta, perezosilla:
despierta, que viene el alba...
para hacerte una sombrilla
cortó Robín esta malva.

Deja tu alcoba: el jazmín
no en blando reposo olvides,
que te aguarda tu escarpín,
tu pequeño no me olvides,

La persiana de cristal
que anoche tejió la escarcha
en tu cámara nupcial
rompe de un soplo, ¡y en marcha!

Ya no triste soliloquia
el nocturno ruiseñor,
y el gorrión madrugador
llama á misa en la parroquia.

Vamos al templo. Hoy es fiesta.
Tulipán dirá el sermón;
en la misa, gran orquesta;
y en la tarde, procesión.

Palomas y codornices;
con hojitas de azahares
remiendan sobrepellices
y componen los altares,

Un pobre topo, el más mandria
y apocado, barre el coro.
¡Hoy va á cantar la calandria,
la calandria de voz de oro!

Será el zentzontle, tenor;
jilguero, primer violín;
y maestro director
el arrogante clarín.

La pila de agua bendita
que está en el rincón umbrío,
es silvestre margarita
llena de fresco rocío.

El candelabro mayor
es una hermosa araucaria,
y aquel altar, siempre en flor,
es de santa pasionaria.

Mil cazoletas de almendro
perfuman el tabernáculo;
ya viene con mitra y báculo
monseñor el rododendro.

Van, los breves aretillos
repicando cascabeles,
y detrás, rojos claveles
vestidos de monaguillos.

Doble sarta de corales
parecen: mira al monago
que marcha entre dos ciriales
y alza la cruz de Santiago.

Otro, guapo y petimetre
va con acetre é hisopo,
y el hisopo de su acetre
es un pompón de heliotropo.

Del coro bajo en las rejas,
absortas en sus plegarias,
se agrupan las trinitarias
que tienen caras de viejas.

¿No miras los blancos cirios
de plateadas escamas?
Son encarrujados lirios,
y de myrtho son las llamas.

Á la camelia patricia
y á la azalea pizpireta
ve azucena la novicia
con sus ojos de violeta.

En bello sitial la dalia
como priora se esponja,
mientras la tórtola monja
entra de sayo y sandalia.

Abajo, frescas irideas
cubren la arena del piso;
y forman árido friso
en los muros, las orquídeas.

¿No oíste parar un coche?
Es del alcalde. ¡Qué gruesa
va la señora alcaldesa
con su Dondiego de noche!

En cambio, ¡qué jubilosas,
qué frescas y qué elegantes
están las jóvenes rosas!
¡Qué indevotos sus amantes!

Aquél que de negro viste,
el de las grandes ojeras,
es un Pensamiento triste...
¡Sufre mucho! ¡Si supieras!...

Mas ¡silencio! ¡De rodillas!
Ya el monago de roquete
girar hace el rehilete
de azulinas campanillas.

Parece el altar brillante
ascua de plata inflamada:
¡ya levanta el oficiante
la gardenia inmaculada!

Luego, una ráfaga fría
súbita baja del coro
y apaga la luz que ardía
en el gran trébol de oro.

Los rojos mirtos, prendidos
en los cirios, azulean,
se retuercen, parpadean
y quédanse al fin dormidos.

Sus pábilos en hilera
 simulan negro rosario;
 por la torcida escalera
 baja el cuervo al santuario.

Frente al sagrario se hinca,
 el agudo pico tiende;
 y, lámpara azul, se enciende,
 tremulante, la pervinca.

Salgamos: la muda selva
 derrama dulce beleño,
 y esparce la madre selva
 su apacible olor de sueño.

Cierran las flores sus broches;
 calla la breve campana:
 flores nuevas, buenas noches;
 Musa azul, hasta mañana.

LA SERENATA DE SCHUBERT

I

¡Oh, qué dulce canción! Limpida brota
 esparciendo sus blandas armonías,
 y parece que lleva en cada nota
 ¡muchas tristezas y ternuras mías!
 ¡Así hablara mi alma, si pudiera!
 ¡Así dentro del seno,
 se quejan, nunca oídos, mis dolores!
 Así, en mis luchas, de congoja lleno,
 digo á la vida: —Déjame ser bueno
 ¡Así sollozan todos mis amores!